

DANIEL INNERARITY

“LA FELICIDAD ESTÁ CERCA DE UNA CHIMENEA Y UN BUEN LIBRO”

Trazar la trayectoria profesional de Daniel Innerarity resulta un trabajo arduo por extensión. Es un filósofo que una vez quiso ser pintor y que se dejó atrapar por los conceptos. A él se le daba bien la pintura, pero su padre, ingeniero aeronáutico y más pragmático, estimó que con esa afición se iba a morir de hambre. Daniel buscó una alternativa, Filosofía. Tampoco satisfacía las aspiraciones paternas, pero fue mejor vista. Fue el principio para que naciera una pasión en él, una pasión que le ha dado muchas satisfacciones y que le ha colocado en la cima de una disciplina que para muchos es tan incomprensible como aburrida. Él se siente satisfecho del camino recorrido y en su conversación con ON habla de cómo es su vida, qué piensa, sus aficiones o cómo ve un mundo que se transforma cada minuto. Su último libro enfoca los pensamientos que mueven un momento que desconcierta a la sociedad y a sus ciudadanos: *Un mundo de todos y de nadie*.

¿Para qué sirve un filósofo en el siglo XXI?

No sé si sirve para mucho o para poco, pero puedo asegurar que problemas, temas e inquietudes hay muchos más de aquellos a los que podemos dar respuesta. Me gusta decir que los filósofos sirven para clarificar los conceptos, para delimitar bien la naturaleza de los problemas.

¿Dan soluciones?

No, nosotros no somos personas de soluciones. La mayor parte de la gente se dedica a solucionar los problemas; nosotros nos dedicamos a problematizar las soluciones, a demostrar que hay problemas donde la gente no los percibe como tales.

¿No se hacen preguntas sobre si somos libres, si es posible la felicidad, cuestionar la justicia, la democracia...?

Eso son problemas ante los que los filósofos no podemos más que fracasar, porque nos sobrepasan completamente. Es bueno que en la sociedad haya gente como nosotros, que tenemos tan poco miedo al ridículo y al fracaso...

¿Por qué se dedica a la filosofía?

No lo sé muy bien, yo de chaval quería hacer otra cosa y la vida me ha ido llevando...

¿Qué quería hacer?

Pintar. A mí lo que se me daba bien era pintar y era a eso a lo que me quería dedicar. Mi padre no me dejó hacer Bellas Artes porque me iba a morir de hambre. Cuando le dije que haría Filosofía, él, que era ingeniero aeronáutico, me contestó: Con eso no vas a vivir muy bien pero por lo menos no te vas a morir de hambre. Pensé que luego retomaría la pintura, pero al final le cogí gusto a La filosofía.

¿Qué le sedujo de esta disciplina?

No lo sé explicar muy bien, pero lo que atrapa es la fascinación de las ideas, de la complejidad. Es cierto que tiene pocas justificaciones en términos de utilidad, de rendimiento inmediato, pero es útil a la hora de descubrir conceptos en los que no había caído.

Y al final, ¿qué ha pasado con la pintura?

Yo ya no pinto nada, ni en casa, ja, ja, ja... Tengo otras aficiones, como la montaña; hay que saber limitarse. Probablemente hubiera sido un pintor mediocre.

Estamos en crisis, los filósofos no dan soluciones, las problematizan, y ¿qué hacen los economistas?

Perdona, los filósofos a veces reformularizamos los problemas y eso es la mitad de las soluciones; no voy a ser excesivamente modesto, no vaya a ser que me quiten la cátedra en la universidad ahora que hay muchos recortes. ¿Qué hacen los economistas? Los buenos hacen previsiones acerca del futuro, los malos nos venden la moto de que saben perfectamente lo que va a suceder en el futuro.

¿Qué cree que diría Adam Smith de esta crisis?

Estaría alucinado al comprobar que quien tiene el mando y quienes enseñan economía, los dominantes en la economía, no saben antropología, no saben sociología, no saben ciencia política... Adam Smith escribió un libro, *La riqueza de las naciones*, que es su gran obra. Esa obra es un tratado de filosofía, antropología, sociología, ciencia política y otras materias. A Smith le hubiera parecido absurdo enfrentarse a los asuntos económicos con un solo ojo, con una visión sectorializada y pequeña, como muchas veces se tiene en nuestra escuela de negocio y empresas.

Filósofo, vaya rollo... ¿le ha pasado?

Muchas veces. A mi hijo, cuando vivíamos en Francia, le preguntaron a qué se dedicaban sus padres. Jon dijo: Mi padre piensa, es decir bla, bla, bla... Nada que sea peligroso. Me consideraba inofensivo.

Un niño muy agudo. ¿Ha cambiado el concepto sobre su padre?

Bueno, creo que ha descubierto que además de ese carácter inofensivo, soy también un buen guía de montaña. Quizá esto compense el poco reconocimiento que tiene hacia el filósofo.

Así que Jon no parece que vaya a ser filósofo.

Creo que no y no me preocupa. Además, yo ya tuve esa pequeña experiencia personal de no hacer exactamente lo que quería.

¿Y crea frustración?

Tuve la suerte de que la alternativa acabó gustándome más que aquello que inicialmente quería. En mis convicciones está que no se debe imponer nada y menos en materia profesional. Ese impulso tan paternal de que nuestros hijos hagan algo de provecho, incluso rentable, creo que es un gran error; uno se gana la vida, en la medida de lo posible, cuando hace algo que le gusta, cuando hace algo que es una pasión.

¿Su gran afición es la montaña?

Sí, he hecho la mitad de los sesenta cuatromiles de los Alpes, y no me importaría completarlos.

Vive habitualmente en un pueblo muy pequeño.

Zarriegui es el pueblo más alto de la cuenca de Pamplona. Le llaman Siberia, y a veces tenemos nieve cuando en Iruña no hay... Tiene las ventajas de la vida rural y de la vida urbana.

¿No le gusta la ciudad para vivir?

Me gusta la ciudad para tenerla cerca, pero prefiero la periferia de las ciudades.

En invierno tiene que ser duro vivir en un pueblo pequeño y que registra unas temperaturas bajísimas.

No creas, la felicidad está muy cerca de una chimenea y un buen libro.

Supongo que sí, pero sin obligaciones laborales.

O si tienes la suerte, como es mi caso, de trabajar la mitad de los días de la semana.

Ha vivido bastante tiempo fuera de Euskal Herria.

He vivido siete años en Francia, tres años en Alemania, uno en Italia y uno en Suiza.

¿Con qué se queda?

Me quedo con la vida nómada. Estoy muy a gusto en Euskal Herria, pero cada dos o tres años siento la necesidad de poner tierra por medio e irme a un sitio con una cultura diferente. Pero cuando llego a ese sitio y estoy tres años también tengo la nostalgia de volver. En Francia aguanté más porque vivíamos en el sur y en tres o cuatro horas estábamos en casa.

¿Cómo responde su familia a la vida nómada?

Tengo la suerte de que tanto Teresa, mi mujer, como Javier y Jon, mis hijos, son muy flexibles; hablan muy bien idiomas, les pones en el coche y no preguntan a dónde vamos, se sienten muy cómodos. Incluso preguntan dónde será la próxima. Tienen doce y once años, están en esa edad en la que todavía se hace la voluntad de los padres de la familia. Luego llegaremos al lugar en el que se haga lo que digan ellos.

Usted también se atrevió a escribir con Aduriz, el chef del Mugaritz, un libro. ¿La filosofía también incluye la gastronomía?

Soy muy amigo de Andoni, es una persona que te lleva a su terreno con una gran facilidad, sobre todo si te pone delante unos platos exquisitos.

Juega con ventaja.

El libro fue el resultado de una amistad y de muchas charlas. Andoni me sedujo con la idea de que aquello que estábamos diciendo podíamos ponerlo por escrito.

Aquello fue un reto.

¿Qué tal cocinero es usted?

Muy malo, pero tengo la fortuna, aunque también la desgracia, de que mi mujer cocina extraordinariamente bien. De soltero cocinaba algo mejor. Es una lástima, porque creo que los varones nos perdemos muchas cosas con esta visión del trabajo y me gustaría que mis hijos no lo padecieran.

Vivimos en un mundo que nos desconcierta. Es un mundo global, en cambio, en crisis...

Sí, y es un mundo que desconcierta tanto a los dirigentes como a los ciudadanos. A veces veo que hay protestas e indignaciones muy razonables, que comparto, pero que parece que están hechas como si los que estamos molestos supiéramos lo que había que hacer. Desgraciadamente, no es ese el caso.

Los cambios que se han presentado en los últimos años son un tsunami que no se ha dado antes en la historia de la humanidad.

Nuestra generación arrastra más cambios que las diez generaciones anteriores. Esto es más de lo que una persona puede asimilar, contextualizar, entender, y es mucho más de lo que podemos gestionar. Creo que hay que tener un poco de paciencia y hay que ser un poco comprensivos con las dificultades que tenemos los seres humanos a la hora de entender todo lo que está ocurriendo.

¿Quiere decir con esto que tenemos que ser pacientes con una clase política que está en el punto de mira y que por desconcierto o desconocimiento no sabe qué hacer?

Creo que con la clase política hay que ser críticos, vigilantes, hay que marcar unas líneas rojas muy claras, pero al mismo tiempo tenemos que entender la dificultad de la tarea. Yo siempre pongo un ejemplo local: en mi pueblo nadie quiere ser alcalde.

Pero hay otros puestos que son más golosos, o al menos eso parece.

Hay un lehendakari y hay diputados generales, pero hay miles de concejales. Son puestos muy sacrificados, no ganan dinero y nos hacen a veces muy buenos servicios.

Un país corrupto...

Corruptas son las personas. Las corruptas son las personas más interesadas en que se genere la idea de un país corrupto, porque si eso tiene éxito y nos lo creemos. Ellos quedan liberados en el magma de la generalización. Además, siempre digo que en la política hay que distinguir la corrupción, que puede ser muy clara, de la debilidad. Me preocupa que nuestra atención se fije en los casos anómalos, extremos, y no en algo que es más importante, la debilidad de la política, la incapacidad de esta para acompañar al cambio social.

Los dirigentes políticos actuales se mueven en un abanico de edad que va desde los cuarenta y cinco a los cincuenta y pocos años. ¿Qué va a pasar con las nuevas generaciones? ¿Van a asimilar mejor los cambios?

Yo lo veo con mis hijos. Han nacido alfabetizados digitalmente, tienen menos prejuicios que nosotros, que salimos del franquismo más o menos endeblados, pero que algún arañazo nos dejó en nuestra manera de pensar, y estoy esperanzado. Lo que ocurre es que la política no puede funcionar bien si no hay una cierta profesionalización. Es un tópico pensar que la política se puede hacer bien a base de aficionados, como quiere Cospedal, que no cobren, con parlamentos débiles...

Siempre hemos criticado a los políticos profesionales.

Yo no, yo he defendido la profesionalidad de la política aunque sea políticamente incorrecta esta defensa, y quiero que los políticos tengan un buen sueldo.

No sé qué decir.

Esa es la mejor garantía para que cumplan con sus obligaciones y, sobre todo, la mejor garantía de que no solo gobiernen los ricos y sus testaferros. Lo que sería bueno es que al mismo tiempo el banquillo se moviera un poco más, que las juventudes de los partidos no fueran un instrumento de propaganda, que hubiera cierta revolución.

Se dice que tenemos los peores y más mediocres políticos de toda la Transición.

No estoy de acuerdo con eso. Lo he estudiado con gente que hace análisis más empíricos, y creo que en nuestros parlamentos tenemos a la gente mejor preparada que nunca. Lo que ocurre es que en la salida del franquismo la generación que tomó el poder en las distintas instituciones era una generación que tenía unas expectativas y unas ansias de hacer política; probablemente les dimos unas licencias que generaron también altas dosis de corrupción, y ahora estamos en un panorama totalmente distinto.

¿Cómo es ese panorama?

A esto le llamo democracia posheroica, en la cual esos discursos épicos que tenían una falsa impostura ya ejercen menos poder sobre la gente; la diferencia entre el que manda y el que es mandado es cada vez más pequeña en todo: capacitación profesional, nivel informativo, y tenemos que pensar en un liderazgo menos enfático.

¿Qué tipo de líder o liderazgo buscamos o necesitamos?

Un liderazgo más de igual a igual, menos vertical. Un ejemplo: el periodista de la Transición no tiene nada que ver con el periodista de las redes sociales de ahora. Aquel era un periodista que se permitía dictaminar qué iba a ser noticia; hoy en día el periodismo está mucho más horizontalizado, antes de llegar a la redacción ya sabe lo que la red social le ha dicho que va a ser la noticia.

PERSONAL

Edad: 54 años.

Lugar de nacimiento: Bilbao, aunque ha residido en Pamplona desde los 15 años.

Familia: Está casado y tiene dos hijos.

Trayectoria: Catedrático de Filosofía Política y Social, investigador Ikerbasque en la UPV y director de su Instituto de Gobernanza Democrática. Ha sido profesor invitado en diversas universidades europeas y americanas, recientemente en la Universidad de la Sorbona. Doctor en Filosofía, amplió sus estudios en Alemania (como becario de la Fundación Alexander von Humboldt), Suiza e Italia. La revista francesa Le Nouvel Observateur le incluyó el año 2004 en una lista de los 25 grandes pensadores del mundo. Ha sido miembro del Consejo de Universidades a propuesta del Senado español, y pertenece a la Academia de la Latinidad y a la Academia Europea de Artes y Ciencias, con sede en Salzburgo.

Libros: Entre las numerosas publicaciones que ha realizado destacan Ética de la hospitalidad; La transformación política; La sociedad invisible; El nuevo espacio público; El futuro y sus enemigos; La humanidad amenazada; La democracia del conocimiento y Un mundo de todos y de nadie. Toda su obra está traducida a varios idiomas.

Premios: Premio Euzkadi de Literatura en la modalidad de ensayo; Premio Ensayo Miguel de Unamuno; Premio Nacional de Literatura en la modalidad ensayo; Premio Espasa de Ensayo; Premio Eusko Ikaskuntza-Caja Laboral de Humanidades, Cultura, Artes y Ciencias Sociales; y el último, recibido a principios de junio, Premio Príncipe de Viana de la Cultura.